

por Ramón AGUILLO, s.j.

TIEMPO DE MIES

"La mies es mucha y los obreros pocos". (Jesús)

- Debería comenzar diciéndote que casi no te comprendo, Señor. Cómo quieres que el hombre moderno te comprenda si no ha visto nunca una mies?

Para comprenderte tengo que recurrir a alguna imagen fílmica, llena de colores, que me han mostrado en la sala de espectáculos de mi vecindad, o a alguna secuencia televisiva que hacía propaganda de una mermelada.

Los hombres que vivimos en este mundo urbanístico no vamos al campo. Vamos a las playas o a las montañas para descansar. Y allí vemos solamente arenas calientes y sombrillas de colores golpeadas por el sol, o cuerpos humanos tendidos, y, en las montañas, gozamos de la fresca sombra de los pinos y de los abetos. Y, si vamos al campo, no vemos más que tapias y paredes que dividen la "sagrada" propiedad privada de los ricos.

Tal vez pueda comprenderte a través de los productos que cada día se asoman a mi mesa, a la hora del desayuno o de la comida. Ese pan blanco, tostado, de la mañana, cubierto de mantequilla, debe ser un producto de la mies del campo, del trigo que allí crece y que ha sido sembrado, cuidado, recogido y transformado en harina por los que tú llamas obreros de la mies.

No he visto nunca un melocotonero; pero me encantan sus frutos llenos de color y de gusto fresco, que aparecen indefectiblemente, al final de los almuerzos, como postre exquisito.

Tú sí habías visto las mieses y los obreros curtidos por el sol mediterráneo en tu tierra campesina de Nazareth.

Tú habías amado esos frutos del campo, y sobre todo, habías amado a esos hombres, que entonces eran los más, y que ahora, en nuestro sistema industrial y urbanístico, van abandonando los simétricos rectángulos de las parcelas cultivadas, para irse a trabajar y a vivir en las barriadas popu-

losas de las grandes ciudades donde falta el sol, el aire fresco y la paz.

- Si no conozco las mieses que estarán detrás de las tapias y de los muros del campo, sé muy bien quiénes son los hombres que por ellas has querido significar, tal vez mejor que los setenta y dos escogidos tuyos. Porque los veo en todas partes y cada día, y tienen todos los colores, y los ojos de muchas formas, y hablan todas las lenguas y visten los más variados trajes desde los mínimos vestidos de los habitantes del trópico hasta los más peludos abrigos de los que intentan vivir en los polos. Los veo en los semáforos rojos acelerando ya el motor para partir rápidos y en los pasos para peatones ansiosos de no ser arrollados. Los veo hambrientos en los reportajes televisivos del mal llamado "Tercer" Mundo, y convertidos en cadáveres en los diarios accidentes y choques guerreros. Estos hombres de mi tiempo son seguramente la "mies" de que me hablas. Son los que viven en mi propio rellano, y utilizan el mismo ascensor que yo subo y bajo -solitario- tantas veces cada día. Son aquellos que están incluidos en los fríos números y porcentajes de las estadísticas que constituyen mi estudio de todas las horas. Estos hombres y mujeres -mis hermanos de la tierra- que para mí son seres cuyos nombres no conozco, pero de los cuales conozco perfectamente los sufrimientos, las alegrías y las desilusiones, los terrores y las esperanzas.

- Aunque en los momentos de sinceridad y de afecto, cuando me siento su "hermano" quisiera hacer algo por ellos, me encuentro atascado ante la tapia con la puerta cerrada, o como aquel campesino que quisiera segar sin tener una hoz.

Y sin embargo, tú hablas de la necesidad de "obreros". Evidentemente eres un idealista.

Qué puedo hacer yo por ellos, si no logro hacer algo por mí mismo?

Cómo podré orientarles para que Te encuentren y encuentren a tu Padre, si yo camino en tinieblas y sombras de muerte, si yo tanteo en la noche un camino que no veo?

Mi interés por ellos, no será más bien su tropiezo?

- Tú me pides "trabajar" que es lo que hace un "obrero", que es lo que pueden hacer especialmente esos obreros que, en los campos de tu Palestina, solamente con sus brazos y sus frentes sudorosas, sin maquinarias ni tractores, debían lle-

var a feliz término el milagro de la mies cada año, partiendo del labrado de la tierra seca, pasando por el sembrado duro, hasta el retorno alegre con las gavillas en las manos. Si yo trabajara, tal vez el mundo será un poquito mejor, y algún ser a mi lado recibirá una gota de felicidad. Yo quiero dar esta gota sencilla y fresca, como la gota del agua en verano.

- Tú buscas "obreros" para la "mies".

Evidentemente Tú deseas que surjan apóstoles y profetas, como los que envié Yahwé antes de que Tú vinieras, y como los escogiste Tú -apóstoles y discípulos- durante tu vida mortal.

Todos fueron sacrificados, por los mismos hombres a quienes querían servir. No salieron bien parados.

Siempre resuenan en mis oídos y en mi interior -muy profundamente- las palabras de aquel profeta, sinceramente hombre, que se rebelaba contra la misión que Yahwé le había encomendado: "Tú me has seducido Yahwé, y yo me dejé seducir. Tú eras el más fuerte y fui vencido (...). Siempre que hablo tengo que gritar: 'Ruina y Devastación'. (...) y Aunque me dije: 'No me acordaré de El, no volveré a hablar en su nombre', su palabra es dentro de mí como fuego abrazador". (Jeremías)

También en nuestro mundo moderno se habla de profetas. Muchos hasta se dejan largas cabelleras y nutridas barbas, como si fueran semejantes a los profetas del Antiguo Testamento o a los apóstoles del Nuevo. Servirían muy bien de bellos modelos para Miguel Ángel.

Pero, mis hermanos, los hombres, siguen caminando a tientas.

Tal vez, sucede que, en este mundo de ruidos y de fragor, de viajes supersónicos y de espectáculos desde la Luna, ya no hay sitio para los profetas, o los profetas que hay están ocultos, o los que no están ocultos y hablan, no tienen suficiente voz para ser escuchados.

- Yo te digo, Señor, que me gustaría muy sinceramente encontrarme con uno de ellos, con un profeta que me dijera sencillamente que existe un Dios, Creador del Cielo y de la Tierra, un Padre que nos amó y nos entregó a su Hijo Jesucristo para salvarnos, que Jesucristo fundó una Iglesia para servir a los hombres, y para ayudarles a caminar por este mundo -al fin y al cabo hermoso- para encontrarte a Ti, y para morir muy humildemente con esta esperanza.

Y, si quieres, yo podría intentar ser un pequeño profeta para mis vecinos de casa y de barriada, sin barbas y sin hábitos extraños, pero con una mano fraternal abierta y un corazón lleno de simpatía.